

Reflexiones adoxográficas-axiológicas

Eneyda Suñer

La adoxografía es lo contrario de la axiología, si la segunda es el estudio de los valores, la primera es el estudio de lo que no tiene valor.

Sin embargo, como los que valoramos somos los seres humanos, resulta que lo valioso y lo no-valioso se dice en función de lo que nosotros consideramos así. El problema es que los seres humanos no solemos estar de acuerdo en la mayor parte de nuestros asuntos, especialmente cuando se trata de los valores, así que si Usted, mi estimado lector, considera que esto es una tontería, Ud. está leyendo una reflexión adoxográfica y lo más lógico sería que dejara de leer en este momento, así que si Ud. continua leyendo, la que escribe, no se hace responsable de las molestias, disgustos o locura que eso le pueda ocasionar.

Además de lo anterior, considere Ud. que en nuestra época se suele identificar lo valioso con lo útil y lo útil con aquello por lo que vale la pena esforzarnos e invertir nuestro tiempo, así que —lo reitero—si Ud. se esfuerza en vano y pierde su tiempo, la responsabilidad es toda suya. Aunque de todas maneras, la vida es un esfuerzo en vano porque cuando Ud. lector sea una obra acabada, estará también acabado, y ni siquiera podrá contemplar su obra. Ahora bien, respecto a perder el tiempo ¡ya lo está haciendo! y lo seguirá haciendo haga lo que haga, porque está invirtiendo su tiempo—recuérdelo—en una obra que sólo se acaba cuando se destruye. La vida es puro tiempo, y tiempo perdido desde la lógica de la utilidad.

Hechas estas breves aclaraciones o digresiones, entremos en materia: La locura. No sé por qué se me pidió una reflexión sobre ese tema, tal vez se creyó que podía aportar experiencia al discurso...

No importa, en última instancia, es un tema que me ha apasionado desde que en mi adolescencia leí el “Elogio de la locura” de Erasmo de Rotterdam. No es que hubiese entendido mucho, pero el título del libro me resulta —hasta la fecha—apasionante ¿se puede elogiar la locura? Algo a lo que muchos temen, a lo que rehúyen, una palabra que se dice como insulto, como etiqueta para descalificar, o en susurros, con vergüenza ¿es elogiable? Para poder responder a esto habrá que hacer algunas precisiones. Por lo pronto, Erasmo de Rotterdam entendía por “locura” la estupidez “Estulticia” la denomina. Una estupidez que puede significar tanto “corto de miras” como “necio” y -en su libro- la estupidez se burla con

sorna de su entorno, se alaba a sí misma y con fina ironía socrática parece decir “locos los que no saben que están locos, yo al menos, sí lo sé” denunciando con esto las estupideces racionales, de los más razonables personajes de todas las clases sociales, especialmente las de los instruidos y estudiosos muy pagados de sí mismos.

Pues bien, éste es el origen de mi fascinación por la locura, pero quiero de una vez excluir de este significado a la locura en sentido patológico. A la que es producida por el desequilibrio químico en alguna parte del cerebro o por alguna mutación genética. Las excluyo porque no soy ni psiquiatra, ni psicóloga y, por lo mismo, no tengo autoridad para escribir como tal.

Aclarado este punto y después de una ardua introspección o investigación de campo —lo que, en este caso viene a ser lo mismo— decidí empezar por la definición etimológica, pues las etimologías muchas veces nos muestran aspectos insospechados de las palabras, sus orígenes y su genealogía (por cierto Erasmo de Rotterdam también nos cuenta la genealogía de doña *Estulticia* en su texto).

Sin embargo, resulta que los gramáticos no se ponen de acuerdo: que si viene del árabe, o que si del vasco; unos opinan una cosa, otros opinan otra, y entre tanta doxa y, tratándose además del término “locura” decidí que lo más ortodoxo sería ser heterodoxo, y la etimologué yo misma, lo cual que me resultó mucho más sencillo que perderme en discusiones de gramáticos (cosa sobre la que nos previene mucho la *Estulticia* de Erasmo).

“Locura” es un término que viene del latín *Locus* que significa “lugar” y que contiene el sufijo *ura* que significa “resultado”, así que evidentemente *Locura* es el *resultado del lugar*. Desde luego, yo me refiero al lugar mental, a lo que Aristóteles denomina *τοποι* o “tópicos” lo que significa “lugarcitos” esos lugares donde nos ubicamos mentalmente y desde los que pensamos, actuamos, y convivimos con todo lo que nos rodea¹.

Si lo pensamos bien, esos lugarcitos son nuestro único espacio en el universo, podemos cambiar de lugar mental, o estar en diversos lugares en diferentes circunstancias, pero no podemos *estar* si no es desde dentro, desde la mente. Si estoy inconsciente, yo no *estoy* realmente, lo que hay es un cuerpo sin saber que está ahí, lo que equivale a no estar.

Ahora bien, nuestros lugarcitos son construidos socialmente, el bebé sólo se sabe un *yo*, gracias a los otros que lo constituyen. Tiene que estar vertido hacia afuera forzosamente,

¹ Cfr. Aristóteles, *Obras completas, Lógica, (libro 5: Tópicos)*, Editorial Aguilar, Madrid 1964.

volcado al mundo exterior para, de ahí, ir tomando los elementos que lo harán estar dentro y saberse dentro o, por lo menos, tener un *dentro*.

Así que el *yo* es un *resultado del lugar*, es literalmente una *locura*. Pero la locura puede ser funcional, pues si nos ubicamos en los lugares comunes, los tópicos que heredamos de nuestro entorno, familia, sociedad y época, entonces el resultado es un *yo* funcional que va por la vida sabiendo moverse muy bien entre los múltiples *yo*es que lo generaron y lo multiplican. El *yo* funcional es un *yo-masa*. Sabe lo que *hay que* decir, hacer, callar, reproducir, etc. pero no sabe moverse fuera de estos lugares.

En cambio, hay otros *resultados del lugar*, otras *locuras*, las de aquellos que, hijos del rompecabezas social que los constituye, logran desde esos elementos ir un poco más allá, o más acá, o a un lado, no importa. Lo que importa es que se posicionan en otros lugares, en lugares nuevos que ellos mismos moldean y modulan con su sensibilidad e inteligencia y que --por lo mismo-- muchas veces (si no es que todas) no son estrictamente funcionales. La mayoría de las veces no saben lo que *hay que* decir, hacer, callar, reproducir, y se detienen, se paran en su lugar y se ponen a *pensar* ¡Qué maravilla! El silencio y la inacción exterior como resultado de la ubicación, el diálogo y la actividad interna. La locura no fragmentada de un *yo* íntegro que se asume y desde ese *su* lugar, puede en verdad asumir el mundo ¡bendita locura ésta! ¡Elogiémosla! Gracias a ella nos cultivamos, y cultivamos nuestro entorno, el resultado (*ura*) de este cultivo (*cultus*), es la *cultura*.